

Indagación sobre la elección sexual. La sexualidad en el Hombre de los Lobos

*Inquiry on sexual election.
Sexuality in the Man of the Wolves*

Por Arturo Frydman y Santiago Thompson

RESUMEN

Para precisar la relación entre la posición sexuada y el factor electivo hemos tomado algunos pilares teóricos que dan fundamento a tal factor electivo: la distinción entre juicio de atribución y juicio de existencia realizada por Freud, la lectura de los tres tiempos del Edipo distinguidos por Lacan y la lógica del no-todo desarrollada años más tarde por éste.

La ubicación de dos momentos de la enseñanza de Lacan y cierto desarrollo de sus lectores nos ha permitido verificar el énfasis que destaca efectivamente a la elección como factor determinante en la asunción de una posición sexuada del sujeto.

La lectura minuciosa del Hombre de los Lobos permite poner a prueba esas elucubraciones y echa luz sobre las dificultades que acarrea la idea de elección sexual.

Palabras clave: Sexualidad- Elección- Trauma

SUMMARY

To clarify the relationship between the sexed position and the elective factor we have taken some theoretical underpinnings that give grounds for such elective factor: the distinction between attribution judgment and existence judgment by Freud, the reading of the three phases of Oedipus distinguished by Lacan and the logic of the not-all developed by him years later.

The reading of the two moments of the teaching of Lacan and some development of its readers has allowed us to verify the emphasis that actually emphasizes election as a determining factor in the assumption of a sexed subject position.

The careful reading of the Man of the Wolves allows us to test these speculations and sheds light on the difficulties involved the idea of sexual election.

Key words: Sexuality - Election - Trauma

INTRODUCCIÓN

Nos proponemos en este trabajo abordar la articulación entre el factor electivo y la posición sexuada. Pretendemos acercarnos al alcance de esta afirmación: los sujetos tienen en su poder la elección de su sexo.

Entendemos que desde de la lectura tanto de Freud como de Jacques Lacan se desprende la idea de que la posición sexuada es una cuestión de elección. Sin embargo esta afirmación no deja de ser problemática.

Si se constata que, casi universalmente, “los sujetos no sienten que tienen la elección”, que “al contrario, sienten que pesa sobre ellos una coacción (...) una coacción de discurso” (Soler, 1997, p. 185), nos planteamos entonces, ¿cómo entender que la posición sexuada es la conclusión de una serie de condiciones que incluyen una elección?

Para abordar esta cuestión nuestra argumentación se sostendrá en dos premisas:

En principio entendemos que la asunción de la posición sexuada no se limita a una elección sino una serie de elecciones, que intentaremos distinguir a continuación.

En segundo lugar, planteamos como definición operativa de elección para lo que sigue: elegir es aceptar o no aceptar la inscripción de una determinada operación.

Esta segunda premisa se apoya en el escrito freudiano “La negación”. En este breve texto Freud da cuenta de dos funciones del juicio. La primera, el juicio de atribución, inscribe o no determinada representación en el aparato psíquico y esta inscripción resulta de un encuentro que es contingente. Mientras que la segunda, el juicio de existencia,

implica una decisión sobre la realidad efectiva de lo representado. Es decir, lo representado se inscribe entonces como afirmado o como negado.

Así como una de las condiciones de “la insondable decisión del ser” (Lacan, 1950, p. 175) va a ser dilucidada por la inscripción o no del Nombre-del-Padre, suponemos la misma operatoria respecto otros operadores, que pueden o no ser inscriptos y luego, si son inscriptos, afirmados o negados a otro nivel.

Por lo tanto entendemos que las inscripciones que marcan el devenir del sujeto, no son solo fruto de si hubo o no hubo determinada condición, por ejemplo, si existieron o no las condiciones para la inscripción del Nombre del padre, sino que esta inscripción requiere un consentimiento subjetivo, que podría, o no, darse. Entonces lo que entendemos como una elección es resultante del anudamiento de ambas operaciones.

En lo investigado hasta aquí respecto de la cuestión electiva¹ hacemos equivaler, aún a riesgo de caer en alguna falta de precisión, los términos elección, decisión, toma de posición del sujeto. Nuestra investigación apunta a dilucidar el punto en el que, tratándose del ser hablante, las contingencias históricas o historizadas dejan marcas que no son ajenas al lugar que ocupó el sujeto frente a ellas. Es decir, el punto en que las consecuencias de los encuentros fortuitos implican también una determinada afirmación subjetiva.

Para avanzar en nuestro tema vamos a consignar una restricción que se verifica en lo planteado como *afirmación o no* de cierta situación, o contingencia. “La fase que se ha de atravesar *pone*

al sujeto en posición de elegir. Pongan también este elegir entre comillas, pues aquí el sujeto es ahí tan pasivo como activo, sencillamente porque no es él quien mueve los hilos de lo simbólico. La frase ha sido empezada antes de él, ha sido empezada por sus padres, y a donde quiero llevarlos es precisamente a la relación de cada uno de estos padres con dicha frase empezada y a como conviene que la frase se sostenga mediante cierta relación recíproca de los padres con la frase. Pero digamos, porque debemos expresarnos bien, que hay ahí, en neutro, una alternativa entre ser o no ser ese falo” (Lacan, 1958a, pp. 190-192).²

Si bien esta frase pertenece a un contexto particular, la extraemos de allí para detenernos en este recurso con el que Lacan aborda la cuestión electiva, por un lado afirmándola y por el otro la limita nombrándola: una elección-entre-comillas.

Esta restricción que recae sobre el término elección, si bien anticipa la noción de elección forzada que será producida seis años más tarde, incluye otro sesgo que es importante advertir. El pegoteo coloquial entre elección y voluntad consciente, yoica, acarrea, casi inevitablemente, la resonancia de la voluntad de un amo que se enseñoorea, o podría llegar a hacerlo, frente a su vida, tomando todas sus decisiones.

Esta elección-entre-comillas es el modo en el que Lacan anuda el margen de libertad que el ser hablante dispone ante las determinaciones de su historia y las contingencias de su vida.

En tanto seres hablantes, sus actos están anudados a lo simbólico, por lo tanto sus elecciones también. La elección-entre-comillas sería un modo de

la elección para la cual la gramática, al menos la nuestra, no posee una forma adecuada. Lacan dirá que el sujeto es ahí tanto activo como pasivo. El componente pasivo de esta elección-entre-comillas es que el hablante no tira de los hilos de lo simbólico, nunca lo ha hecho. Si decíamos que el sujeto es hablado, es posible pensar que en la elección a él le resta un margen que da cabida a su decir. Pero lo dice así, habla a medias, pues su decir ha sido comenzado antes de él, por sus padres, el discurso de sus padres le antecede. Lo que hay que subrayar es, pese a la limitación expresada y para no retornar a la primacía de la determinación, que a pesar de que la frase ha comenzado a decirse antes de la existencia del sujeto, a él le queda la alternativa.³

El complejo de Edipo

Decíamos que pretendemos estudiar la articulación entre el factor electivo y la posición sexuada. Comencemos entonces por el Complejo de Edipo.

Convenimos que la posición sexuada es uno de los resultados del problemático recorrido que implica el atravesamiento del Complejo de Edipo y sus circunstancias, las que concluyen, en el mejor de los casos, luego de una tercera fase con su consiguiente sepultamiento. Las consecuencias que se le atribuyen a este devenir son constitutivas y normativas, tanto a nivel de la configuración moral de los seres hablantes, como de sus relaciones con la realidad y finalmente en la asunción de su sexo. En *El Seminario 5*, afirma al respecto Lacan: “Hay (...) en el Edipo asunción por parte del sujeto de su propio sexo, es decir, para lla-

mar las cosas por su nombre, lo que hace que un hombre asuma el tipo viril, y la mujer asuma cierto tipo femenino, se reconozca como mujer, se identifique con sus funciones de mujer. La virilidad y la feminización son los dos términos que traducen lo que es esencialmente la función del Edipo” (Lacan, 1958a, pp. 169-170).

La posición sexuada, el tipo viril o el tipo femenino se producen como la resultante de una serie de avatares que en psicoanálisis se han estructurado bajo el nombre de “Complejo de Edipo”. Pero debemos acentuar el carácter “complejo” de este pasaje, que no se da de una vez sino que implica toda una serie de operaciones. Operaciones que Lacan deslinda articuladas a distintas formas de la función paterna.

La función paterna

Hablar de Edipo entonces es hablar del padre y sus funciones, que pueden resumirse de la siguiente manera: “Lo que cuenta es la función en la cual intervienen, en primer lugar el Nombre del padre, único significante del padre, en segundo lugar la palabra articulada del padre, en tercer lugar la ley en tanto que el padre está en una relación más o menos íntima con ella” (Lacan, 1958a, p. 197).

Esta trivalencia de la función del padre evidencia que, en las vías del acceso a una posición sexuada, no se trata de una situación puntual sino de una serie de inscripciones que corren suertes diversas según sus circunstancias y las consiguientes elecciones del infante. Por eso llegar a un tercer tiempo, tiempo lógico, implica un recorrido previo en el que se deben producir una serie de inscripciones y tomas de posición del

sujeto ante cada uno de esos avatares de su constitución infantil.

Distinguir esos tres tiempos implica aislar las diferencias en su estructura. Los elementos en juego varían en cada uno de estos tiempos y cada uno de ellos deja su marca singular, lo cual es destacado por Lacan como de extrema importancia para la evaluación clínica: “...si conseguimos distinguir claramente los tiempos lógicos, digamos, de la constitución del falo en el plano imaginario, y si de su distinción resulta que podemos orientarnos mejor, interrogar mejor tanto al enfermo en el examen como el sentido de la clínica y la conducción de la cura, consideraremos nuestros esfuerzos justificados. Dadas las dificultades con que nos topamos en la clínica, en el examen y la maniobra terapéuticos, estos esfuerzos están justificados de antemano” (Lacan, 1958a, p. 189).

La distinción de las operaciones de la función paterna no constituye entonces para Lacan un mero preciosismo teórico, ni una clasificación hecha con fines didácticos, sino una necesidad con consecuencias palpables en la práctica analítica.

El Edipo y la elección

En la lógica edípica tal como la presenta Lacan partir de *El Seminario 4* pueden situarse los hitos en los que el niño se confronta con elecciones que signan su posición sexuada.

Y enlaza allí a la función paterna como un operador que puede ser aceptado o no. Ya hemos evocado el trabajo acerca de “La negación” que ha sido el basamento para sostener como en la formación del juicio un elemento es, una vez incorporado al yo, afirmado o

negado: “Se trata, pues, del padre en cuanto Nombre del padre, estrechamente vinculado a la enunciación de la ley, como nos lo anuncia y lo promueve todo el desarrollo de la doctrina freudiana. Es a este respecto como es *aceptado o que no es aceptado por el niño como aquél que priva o no priva a la madre del objeto de su deseo*” (Lacan, 1958a, p. 197).

La función paterna, en cuanto significante del Nombre-del-Padre, no es meramente inscrita o no, sino que tal inscripción debe ser afirmada o no como privadora del falo respecto de la madre. Y ello, vuelve a resaltar Lacan, es un observable clínico: “La experiencia analítica nos demuestra que el padre, en cuanto que priva a la madre de el objeto de su deseo, especialmente del objeto fálico, desempeña un papel del todo esencial en, no diré en las perversiones sino en toda neurosis y a lo largo de todo el curso, aunque sea el más sencillo y normal, del complejo de Edipo. *En la experiencia siempre verán que el sujeto ha tomado posición de cierta forma en un momento de su infancia respecto del papel del padre en el hecho de que la madre no tiene falo.* Este momento nunca es elidido” (Lacan, 1958a, p. 190).

Destacar que el Nombre-del-Padre es aceptado o no es aceptado por el niño, implica que el sujeto toma posición respecto del papel del padre. La posición del sujeto ante la palabra paterna, resume la arista ética de la cuestión, su insondable decisión. Para ilustrar esta dimensión, Lacan emplea como metáfora una imagen tomada de un poema de Prévert. Así como el hijo del pescador rechaza el precepto de su padre, del mismo modo Schreber

“mandó a paseo (*verwerfe*) a la ballena de la impostura” luego de haber el padre rebasado cierto límite con su vocación de apóstol educacionalista y reformador social (Lacan, 1958c, p. 558). Nótese como en este nivel Lacan, al aplicar al Nombre del Padre la metáfora de “la ballena de la impostura”, desustancializa al máximo esta función y el acento queda puesto del lado de que el sujeto pueda o no servirse de él.

Avatares del Edipo

A partir de *El Seminario 4* Lacan diferencia, en el interior de lo que la literatura analítica designaba indiscriminadamente como presentaciones de la falta, tres operaciones diversas a las que especifica como castración, frustración y privación, y discierne en cada una de ellas un agente, una falta y un objeto, leyendo a partir de la tripartición real, simbólico e imaginario cada una de estas variables. Lo que nos interesa destacar es que para Lacan tanto la castración como la frustración y la privación constituyen tres planos de la acción o influjo paternos⁴, y que así mismo esta operatoria de la función paterna en el Complejo de Edipo se desdobra para Lacan en tres tiempos que tienen su incidencia tanto en la elección del tipo clínico como en la sexuación. Lo sintetizamos de este modo:

Primer tiempo: inscripción o no inscripción del Nombre-del-Padre.

- Si se inscribe, da lugar, vía metáfora paterna, al establecimiento de la significación fálica⁵. Estamos en el campo de la neurosis - perversión.
- Si no se inscribe, la sexuación del su-

jeto queda determinada por la lógica de de las psicosis.

Segundo tiempo: El padre priva a la madre.

- Si esta privación no se inscribe, es decir, no es aceptada. Lacan localiza algunas vías que llevan al fetichismo o bien al transexualismo, en tanto no se conmueve la identificación con el falo de la madre.
- Si la privación es aceptada, tal inscripción abre las vía para una normalización del pasaje por el Edipo. A partir de la aceptación de la diferencia entre sexos, se inscribe la diferencia entre los sexos.

La elección le plantea al sujeto la aceptación o no de la operación paterna de privación.

Tercer tiempo: El padre se hace preferir a la madre, interiorizándose sus insignias en el sujeto como Ideal.

- Si esta operación es consentida por el sujeto, su resultado es una identificación con el padre que determina “la instalación del sujeto en una posición inconsciente” que le permite “identificarse con el tipo ideal de su sexo” (Lacan, 1958b, p. 653). Es la salida heterosexual del complejo de Edipo. En términos de Freud, la entrada en el período de latencia.

Si tomamos el caso del varón por ejemplo, esa inscripción signa en el niño su posición viril y la posibilidad de sostener la impostura masculina.

- Por el contrario si esta operación no es consentida se abren las vías para elección de objeto homosexual en el varón. El drama subjetivo es planteado por Lacan en estos términos: “En el momento ideal, en el tiempo dialéctico en que la madre debiera ser

captada como privada del abyecto, de tal forma que el sujeto ya no supiera literalmente a que santo encomendarse, lo que encuentra, por el contrario, es su seguridad. Aguanta perfectamente, porque siente que la madre es la clave de la situación, y *no se deja privar ni desposeer*” (Lacan, 1958a, p. 214).

La salida homosexual es entonces para Lacan efecto de una elección. En este caso, se trata de “no dejarse” privar ni desposeer.

En conclusión queremos destacar que, más allá de los rasgos específicos que la función paterna requiere para cada uno esos tiempos, verificar la eficacia de su intervención implica constatar la posición de asunción o rechazo que el sujeto tenga ante la misma y que la variedad resultante de las posiciones del sujeto ante la elección sexuada serán las consecuencias de dichas respuestas del sujeto.

La sexuación en tres tiempos

La dificultad de cernir la diferencia masculino-femenino condujo a Lacan a la construcción de sus formulas de la sexuación que conforman, desde la lógica, la escritura de la diferencia de los sexos. Tomaremos este momento en la enseñanza de Lacan, centrado en una lógica que incluye el no-todo fálico, a partir de la lectura diacrónica que hace de él Geneviève Morel.

La autora divide la sexuación en tres tiempos distinguiendo:

En el tiempo 1: la irrupción de la anatomía: “En el primer tiempo, mítico, la anatomía se impone al sujeto”.

En el tiempo 2; inscripción o no inscripción del significante Nombre-del-Padre: “...es en el segundo tiempo, el del dis-

curso sexual, cuando el discurso de los otros le transmite la interpretación de su sexo. Este segundo tiempo ya implica entonces una elección: inscribirse o no bajo el significante amo del discurso sexual: el falo. Consideramos como de estructura psicótica a quienes rechazan esa inscripción, y su sexuación no es de la órbita de la función fálica y su correlativo, el Nombre-del-Padre, que hace posible la inscripción del sujeto en esa función. Su elección sexual, este o no de acuerdo con el sexo que se les asigna, se realiza en el contexto de esa forclusión en el segundo tiempo.” (Morel, 2000, p. 141).

Entonces, en el tiempo tres, si tal inscripción se produce, el sujeto se introduce en la lógica fálica bajo dos modalidades:

- inscribiéndose como “todo”, todo tomado por el falo.
- inscripción como “no-todo”.

Morel lo delimita afirmando que “El tercer tiempo es el de la sexuación, la elección del sexo”. Refiriéndose a los “sujetos neuróticos que aceptaron previamente la inscripción en la función fálica”⁶, da cuenta de dos modalidades de inscripción: “Si bien ésta es la única función de goce universal, existen *dos maneras de inscribirse en ella*, correspondiente a dos modos diferentes de goce fálico, y por consiguiente dos sexos. (...) Lacan postula la existencia de dos sexos, correspondientes a dos ‘opciones de la identificación sexual’, hombre o mujer. La experiencia muestra que esas dos inscripciones diferentes de la función fálica corresponden a dos posiciones diferentes con respecto al goce (...) a un real del modo de goce en su referencia al falo (...) el sujeto se inscribe como modo

de gozar del falo: ‘en la relación con el otro sexo, estoy metido por entero en la función fálica, por lo tanto soy hombre’ o bien ‘en la relación con el otro sexo, yo estoy no toda inscrita en la función fálica, por lo tanto soy mujer” (Morel, 2000, pp. 141-143).

En la entrada en esta lógica destaca la función del padre, como condición necesaria: “Sólo formará parte de la masa de hombres siempre que acepte, en el principio mismo de su castración, esa excepción a la ley fálica que es el padre” (Morel, 2000, pp. 143-144).

Por lo tanto encontramos que para esta autora la asunción de la posición sexual también es la resultante de decisiones subjetivas ante una serie de inscripciones. En el texto citado, primero, la inscripción de lo que irrumpe a nivel de la anatomía, luego la inscripción o *Verwerfung* del Nombre-del-Padre, y por último, la inscripción de lo que califica como dos posiciones diferentes con respecto al goce: femenina o masculina.

Los avatares de la asunción de la posición sexual en el caso del Hombre de los lobos

Vamos a tomar un caso clínico a los fines de articular las consideraciones realizadas. Para ello hemos optado por el historial freudiano del Hombre de los Lobos. Procuraremos distinguir en el mismo aquellos momentos electivos cruciales para el caso.

Freud caracteriza de esta manera la posición sexual de su paciente: “En la cura presentó la queja de que no podía cohabitar con la mujer, y todo el trabajo se dirigió a descubrir su relación con el varón, inconsciente para él. Resumiéndolo en una fórmula: su infancia estuvo

caracterizada por la oscilación entre actividad y pasividad; su pubertad, por la brega en torno de la masculinidad, y el período que siguió a la contracción de su enfermedad, por la lucha en torno del objeto de la aspiración masculina” (Freud, 1918, p. 107).

Recordemos que una de las razones que lleva a este paciente a la consulta era resolver de alguna manera la particularidad de sus enamoramientos, que oscilaban entre la compulsión y el desinterés, característica inasimilable para sus exigencias y los ideales de su entorno. La singularidad de esta posición ante la sexualidad y la finalidad del tratamiento convierten a este en un material privilegiado para nuestro estudio.

La riqueza de este historial nos permite rastrear ese padecimiento desde el comienzo de la afección del niño, siguiendo la indagación de su neurosis infantil.

Recordemos la trama que se teje alrededor de lo que se manifestó como un cambio de carácter en la infancia. Tal alteración es un dato crucial de la enfermedad que en su comienzo presentó esa transformación.

El trabajo del análisis, los recuerdos encubridores, la producción onírica, conducen al recuerdo de ciertos juegos sexuales promovidos por su hermana, precisamente en ese verano previo a la transformación del muchacho.

“¿Cómo reaccionó el niño ante las seducciones de su hermana mayor? He aquí la respuesta: con desautorización, pero la desautorización se dirigía a la persona, no a la cosa misma. La hermana no le resultaba grata como objeto sexual, probablemente porque su relación con ella ya estaba marcada en sentido hostil por la competen-

cia en torno del amor de los padres. La rehuyó, y también los cortejamientos de ella pronto terminaron” (Freud, 1918, p. 23).

La correlatividad temporal y el valor traumático de las escenas infantiles llevan a considerar “...atinado relacionar esa mudanza con el despertar, sobrevenido entretanto, de su actividad sexual” (Freud, 1918, p. 23).

La seducción de la hermana podemos ubicarla en consonancia de la irrupción de la anatomía, en términos de invasión de un goce fálico, con sus consecuencias traumáticas: irrupción que no está al margen de la influencia del Otro⁷.

Lo que sigue a continuación, a modo de reacción, es un posicionamiento del sujeto ante esta irrupción: la desautorización. Este término equivale a descreer, no dar crédito a la realidad de algo. Una desautorización dirigida, en esta oportunidad, a la persona pero no al goce que se fija en ese encuentro. Esta contingencia inscribe una fijación a nivel de la meta pulsional, pero junto a un rechazo a quien se ofrece como objeto sexual, la hermana.

Tenemos entonces una secuencia planteada en dos tiempos, el primero de los cuales se caracteriza por el encuentro traumático con el goce y el segundo que corresponde a una repuesta subjetiva, una contingencia a la que responde subjetivamente, lo que da por resultado del evento la fijación a la posición pasiva.

Lo gravoso del encuentro fortuito provoca la repuesta del niño que es la desautorización, la que será el índice de su posición frente al acontecimiento. En este caso la consecuencia de esta desautorización marca la división

de lo ocurrido entre quien lo había ejercido, la agente de la seducción, y el acto mismo que produjo en él una satisfacción a nivel del cuerpo que apremia su repetición. La salida, por medio de la desautorización, le permite descreer de la persona, pero aferrarse “a lo otro”. La singularidad de esta desautorización reside que se dirige a quien ejerció el acto y no al acto mismo. Entonces, respecto de la meta, fijación de la libido; respecto del objeto, sustitución.

La depreciación imaginaria

La vivencia desató su reiteración, buscó repetir la experiencia pero con otras personas. Señala Freud que: “Empezó entonces a jugar con su miembro ante la ñaña, lo cual, como en tantos otros casos en que el niño no oculta su onanismo, debe ser concebido como un intento de seducción. La ñaña lo desengañó, le puso cara seria y le declaró que eso no estaba bien. Los niños que hacen eso reciben ahí una «herida»” (Freud, 1918, p. 24).

La ñaña encarna a quien se dedican las primeras mostraciones, que Lacan generaliza e interpreta: “...tan pronto empiece a meneársele algo en la parte baja de su vientre, se lo empezará a mostrar a su madre, por aquello de saber *si soy capaz de algo*, con las decepciones resultantes” (Lacan, 1958a, p. 198).

Si se produce un primer “desengaño amoroso”, una primera decepción, eso sucede, como señala Lacan, conjuntamente con las primeras prohibiciones: “...para prohibir las primeras manifestaciones del instinto sexual que alcanzan su primera madurez en el sujeto, cuando éste empieza a valerse de su

instrumento, incluso lo exhibe, ofrece a la madre sus buenos oficios, no tenemos ninguna necesidad del padre. Aún diría más, cuando el sujeto se muestra a la madre y le hace ofrecimientos, (...) lo que ocurre se desarrolla la mayor parte del tiempo (...) en el plano de la depreciación imaginaria” (Lacan, 1958a, p. 193).

Freud reconstruye el marco de ese acontecimiento. El niño se hallaba en la iniciación de su investigación sexual, mostración orgullosa de su hallazgo fálico que desemboca encontrando un límite. Aun cuando por esos tiempos el niño estaba ocupado por pensamientos relativos a la diferencia sexual, no creía en la castración ni lo angustiaba, detalle fundamental (Freud 1918, 25). Entonces se puede apreciar que la diferencia de los sexos y la castración, como tema, todavía no tienen nada de atemorizante. La verbalización de la clásica amenaza referida a la práctica onanista sólo produce un viraje respecto de su objeto y puede no tener como efecto inscribir la castración ni los efectos del reconocimiento de la diferencia entre sexos.

La lógica del pensamiento freudiano distingue, implícitamente las dos dimensiones del juicio, diferenciando los “pensamientos relativos a la castración” de la creencia en la existencia de ella.

Por lo tanto la intervención instala una falta que no opera como la falta de la castración, que Lacan localiza como falta simbólica. Si a dicha falta le damos el estatuto de una pérdida en el campo imaginario, podemos decir que esta coyuntura corresponde a una frustración. La operación llamada frustración tiene por agente a una madre

simbólica e implica la decepción por un don de amor que no es dado, y que va a encarnarse a otro lugar pero siempre consistiendo en signos de amor, tal como se verifica en el posterior pasaje de la ñaña al padre.

Tanto la seducción como la amenaza no desencadenan la angustia, la que advendrá en un tiempo posterior, pero será necesario que se sume otro elemento para que adquieran valor traumático.

La posición pasiva

La seducción le había activado su genitalidad incitándolo a avanzar con su hallazgo hacia su objeto amado, la ñaña. Pero hay un rasgo que queda como impronta del acontecimiento traumático, la posición pasiva. Freud dice que la seducción le había dado la meta pasiva de *ser tocado en los genitales*.

El influjo de la vivencia de la seducción por la hermana sigue una trayectoria que de la hermana va hacia la ñaña y culmina en el padre, manteniendo la “postura {*Einstellung*} pasiva”, pero es una trayectoria que se va consolidando a partir de las salidas que encuentra el niño a los encuentros traumáticos.

A partir de esta posición se revela un movimiento del sujeto, al tomar partido ante la contingencia inventando el singular camino de su historia libidinal, que va del sostener y querer repetir la satisfacción vivida con la hermana hasta el abandono del onanismo por la intervención de la ñaña, construyéndose un derrotero que signa la sustitución de los objetos de amor, hermana, ñaña y padre, pero con los que se mantiene una misma postura, su *clisé*. El sujeto se constituye por las respuestas a la contingencia, pero bajo la marca que la

contingencia dejó escrita: “...tras el rechazo de la ñaña su expectativa libidinosa se soltó de ella y miró hacia otra persona como objeto sexual. Esta persona fue el padre, ausente por entonces. A esta elección fue llevado por una conjunción de factores, entre ellos algunos accidentales, como el recuerdo del despedazamiento de la serpiente; pero sobre todo renovó así su primera y más originaria elección de objeto, que, según corresponde al narcisismo del niño pequeño, se había consumado por la vía de la identificación. Dijimos que el padre había sido su admirado modelo, y cuando le preguntaban qué quería ser de grande solía responder: «Un señor como mi padre». Pues bien; este objeto de identificación de su corriente activa pasó a ser el objeto sexual de una corriente pasiva en la fase sádico-anal”. (Freud, 1918).

Advirtamos que el pasaje por el que este trauma es anudado a la referencia paterna y precisamente en el punto de una fijación de goce, y el movimiento que Freud nos indica es que el sujeto recurre a la única identificación que articula amor, la primera identificación, al padre: “No hay amor sino por la identificación que lleva sobre ese cuarto término a saber el Nombre del Padre” (Lacan, 1975).

El movimiento que se suma a la identificación con el padre y que da cabida a las consecuencias que van a caracterizar este caso, implica tomar al padre como objeto sexual. La seducción ejercida por la hermana, deja una impronta indeleble, la postura pasiva, la que a partir de la vivencia de *ser tocado en los genitales*, se sustituirá por *ser pegado por el padre* y por último *ser devorado por el lobo* dándole así

cuerpo a las primeras formaciones sintomáticas de su padecer.

Es en el seminario de 1975, "RSI", que Lacan redefine al síntoma como una letra. Con mayor precisión va a decir que el síntoma es una función, tal como se la define en matemáticas: $f(x)$ y esta (x) es lo que del inconsciente puede traducirse como una letra. Del enjambre signifiante que caracteriza al inconsciente, uno se inscribe como letra y adquiere valor de función síntoma. Y tal como precisa "todo Uno es susceptible de escribirse por una letra" (Lacan, 1975). Todo Uno se inscribe contingentemente: cualquier signifiante puede ir allí y eso opera "salvajemente", no cesa de escribirse.

Por lo tanto "...basta que una letra se inscriba en la contingencia para que la función síntoma se funde y se repita" y es necesario insistir que ese funcionamiento que Lacan adjetiva como salvaje, implica que en su repetición esa letra "dará lugar a engendrar una familia de síntomas" (Laurent, 1998, p. 176). Este síntoma que se inscribe como letra, asimilable a la fijación freudiana, se le impone al sujeto como un no-elegible al que se debe acomodar.

El historial nos indica que lo que se inscribe bajo el régimen de la contingencia, conserva el carácter de traumatismo, siguiendo la caracterización del trauma como "...vivencias en el cuerpo propio o bien percepciones sensoriales, las más de las veces de lo visto y oído, vale decir, vivencias o impresiones" (Freud, 1939, p. 70).

Hasta aquí queda delineado un tramo conformado por dos hitos de la formación del síntoma. Una irrupción de goce en el cuerpo, en este caso desencadenado por la seducción de la her-

mana que da lugar a la fijación libidinal, adherencia a una particular modalidad de goce, la admonición de la niña, y la retroversión de la libido con sus manifestaciones tanto actuadas como fantaseadas.

Freud concluye puntualizando que la instalación de la neurosis⁸ de éste niño requiere de una segunda fase, y que la discontinuidad entre ambas responde a la inscripción de la castración: "Así, su infancia, de la que nos propusimos ocuparnos, se descompone, merced a este punto de apoyo, en dos fases: una primera de conducta díscola y perversidad, desde la seducción a los 3 y 1/4 años hasta los cuatro años, y una subsiguiente más prolongada, en la que predominan los signos de la neurosis. Ahora bien, el suceso que permite esta separación no fue un trauma externo, sino un sueño del que despertó con angustia" (Freud, 1918, p. 27).

El sueño cumple la función de vivenciar traumático⁹. Este nuevo "acontecer traumático" tiene por efecto una segunda regresión libidinal con la correspondiente sobreinvestidura de la meta pasiva ante el padre. Pero ahora, al actualizarse la genitalidad bajo el axioma *ser poseído sexualmente por el padre*, este modo de satisfacción es vetado por el yo dando la señal de angustia. En esta oportunidad la libido regresa a otro punto de fijación, que tampoco era evidente hasta ese momento, que es el oral.

Freud deja constancia que si la libido siguiera una evolución predeterminada, mecánica, la meta sexual sádico-anal de recibir un correctivo del padre habría debido desembocar en la meta siguiente, es decir la correspondiente meta genital: *ser poseído sexualmente*

por el padre como una mujer.

Pero se verifica una vez más que la resolución no sigue una vía prefijada. Un nuevo cambio de rumbo impone ahora la formación de un síntoma fóbico.

¿Cuál es en este caso la razón del cambio de vía? Freud lo atribuye al “veto de su masculinidad narcisista”. La meta sexual *ser poseído sexualmente por el padre como una mujer*, recibe el veto yoico dando lugar al conflicto que se resuelve por la defensa narcisista, dejando como resto el síntoma.

Este posicionamiento respecto de la diferencia de los sexos es resaltado por Lacan: “Freud nos recalca el caso en el que el niño, identificado con la madre, habiendo adoptado esta posición a la vez significativa y prometedora, teme su consecuencia, a saber, la privación que para él se derivará, si es un varón, de su órgano viril” (Lacan, 1958a, p. 190).

Acá entonces la castración se inscribe, no meramente como representación, sino también como realidad efectiva, a nivel del juicio de existencia. No sólo está presente como pensamiento, sino que tiene consecuencias en subjetivas concretas en su posición sexual.

Freud destaca que: “...todos los síntomas de angustia sólo se presentaron como signos de la alteración de carácter a partir de cierto suceso. *Antes no había existido ninguna angustia, e inmediatamente después del suceso la angustia se exteriorizó en forma martirizadora*” (Freud, 1918, p. 27).

En un primer momento, entonces, inscripción de la castración a un nivel meramente representacional. En un segundo momento, “*el convencimiento*

de la efectiva realidad de la castración” (Freud, 1918, p. 43), la afirmación de la castración a nivel del juicio de existencia.

Previamente la idea de la castración se tramitaba como pensamiento, pero no se había decidido respecto de su existencia efectiva, su “realidad efectiva” hasta el momento en el que el sueño le trae el discernimiento de la diferencia entre sexos y del papel sexual de la mujer. Pero la singularidad del caso esta dada, no solo por este encuentro traumático sino por su respuesta al mismo: “Desestimó lo nuevo -en nuestro caso por motivos derivados de la angustia frente a la castración- y se atuvo a lo antiguo.

Se decidió en favor del intestino y contra la vagina, de la misma manera y por los mismos motivos que más tarde tomó partido contra Dios y en favor de su padre. El nuevo esclarecimiento fue rechazado, la antigua teoría fue conservada; esta última bien pudo prestar el material para la *identificación con la mujer*” (Freud, 1918, p. 73).

Es la desestimación¹⁰, como respuesta del sujeto ante la angustia de castración, la que lleva a esta peculiar decisión que implica atenerse a la teoría de la cloaca, es decir el comercio por el ano, lo cual podría implicar una gran contradicción. Y si bien el alcance del esclarecimiento de la diferencia de los sexos y del papel sexual de la mujer se agota con la represión del sueño: “...no tuvo influjo ninguno sobre la decisión del problema sexual. Era por cierto una contradicción que a partir de ese momento una angustia de castración pudiera subsistir junto a la identificación con la mujer por medio del intestino, pero era sólo una contradic-

ción lógica, lo cual no significa mucho. El proceso entero se torna así más bien característico del modo en que trabaja el inconsciente. Una represión {*Verdrängung*} es algo diverso de una desestimación {*Verwerfung*}

Si bien Freud va a reconocer que esta posición no pudo haber sido la definitiva en tanto halló suficientes indicios de reconocimiento de la castración el resultado fue que: “Al final subsistieron en él, lado a lado, dos corrientes opuestas, una de las cuales abominaba de la castración, mientras que la otra estaba pronta a aceptarla y consolarse con la feminidad como sustituto. La tercera corriente, más antigua y profunda, que simplemente había desestimado la castración, con lo cual no estaba todavía en cuestión el juicio acerca de su realidad objetiva, seguía siendo sin duda activable.” (Freud, 1918, p. 78).

Se puede comprobar que cada uno de los traumas obliga a una elección forzada en la decisión del problema sexual.

La escena de seducción obliga a decidir sobre su posición ante el *partenaire*: actividad o pasividad. La decisión recae en la posición pasiva, y el conflicto desemboca en el carácter cruel como manifestación sintomática que se articula al fantasma de *hacerse pegar por el padre*.

La siguiente escena de seducción que implica el sueño de los lobos le obliga a decidir respecto de la castración de la mujer. La decisión se produce a favor del intestino y contra la vagina, a partir de la identificación con la madre en la escena primaria. *Hacerse penetrar por el padre* se manifiesta en forma regresiva en el síntoma de *ser de-*

vorado por el lobo (Aflalo, 1994, p. 48). La suposición de una coexistencia de angustia de castración y de identificación con la mujer es deducida a partir de las ensoñaciones homosexuales, de la actitud femenina hacia los varones, del síntoma intestinal y de su predilección por objetos sexuales femeninos que lo cautivan a partir de determinada postura que opera como exclusiva condición de amor.

La posición sexuada resultante de este proceso no es una unidad sino una imbricación de aspiraciones sexuales fragmentadas, verdadera *Spaltung* de sus condiciones de amor y de las metas que se han de satisfacer: “El estado que sobrevino tras el sueño puede describirse del siguiente modo: las aspiraciones sexuales han sido fragmentadas {*zerspalten*}; en lo inconsciente se ha alcanzado el estadio de la organización genital y constituido una homosexualidad muy intensiva; sobrepuesta a ella subsiste (virtualmente en lo conciente) la anterior corriente sexual sádica y predominantemente masoquista; el yo ha modificado toda su posición frente a la sexualidad, se encuentra en estado de desautorización de lo sexual y rechaza con angustia las metas masoquistas dominantes, así como ha reaccionado frente a las metas homosexuales, más profundas, con la formación de una fobia” (Freud, 1918, p. 101).

Masculino-femenino

La siguiente conclusión concierne a la construcción que Freud hace del estado último que alcanzó la vida sexual de Hombre de los Lobos: “Con una irrupción violenta hacia la mujer, se había conquistado al fin la plena mascu-

linidad; este objeto sexual fue retenido en lo sucesivo, pero el paciente no gozó de su posesión porque una intensa inclinación hacia el varón, ahora enteramente inconsciente, que reunía en sí todas las fuerzas de las fases anteriores, lo apartó una y otra vez del objeto femenino y lo constriñó a exagerar en los intervalos la dependencia respecto de la mujer” (Freud, 1918, p. 107).

Las singularidades del caso obligan a volver sobre la distinción masculino-femenino y las dificultades para que el llamado ser humano se inscriba bajo alguna de estas rúbricas, cuestionando el concepto de una pulsión sexual total (*Ganzsexualstrebung*) y ratificando el carácter irreductible de las pulsiones parciales, las que no llegan a converger sin restos hacia una finalidad genital.

Para Freud la “declaración de sexo”¹¹ será el resultado de la toma de posición ante un conflicto que en principio localiza entre dos términos. La cuestión será definir cuales términos participan del conflicto.

Tomando como punto de partida la hipótesis de la bisexualidad, precisa que un sexo no se determina reprimiendo lo que en él existe del otro sexo, por lo que las neurosis no surgen del conflicto entre aspiraciones masculinas y femeninas. En cambio hay otras disyuntivas que conducen a esa toma de partido en cuanto al sexo. La primera es que una de las mociones sexuales sea acorde al yo mientras que la otra, por afrentar al interés narcisista, caiga bajo la represión. Mientras que otra posibilidad que nos aporta es que el conflicto se produzca entre una posición en la sexualidad y las tendencias mo-

rales. Pero se encuentra con una tercera variable, que este caso le hace evidente, la intensidad hipertrófica de la excitación¹² como ocasión inmediata de la represión: “Por lo demás, una apreciación más justa del proceso represivo en nuestro caso impugnaría a la masculinidad narcisista el valor de motivo único. *La actitud homosexual, consumada durante el sueño, es tan intensiva que el yo de nuestro hombrecito falla en dominarla* y se defiende de ella mediante el proceso de la represión. Como auxiliar para este propósito es convocada su opuesta, la masculinidad narcisista del genital” (Freud, 1918, p. 101).

El conflicto, de cuya resolución surge la toma de posición sexuada, se localiza entre los tres términos que constituirán su segunda tópica. Lo que caracteriza a este caso es la homosexualidad inconsciente, la reacción narcisística masculina y la falta de conflicto moral.

La fragilidad de la posición masculina adoptada finalmente por el llamado Hombre de los Lobos, con sus características compulsiones y sus apatías, constituye su respuesta subjetiva, reacción a la pasividad y a la cuestión de la castración, pero lleva a Freud a vacilar en aplicarle el carácter de masculinidad: “El resultado del sueño no fue tanto el triunfo de una corriente masculina como la reacción frente a una femenina y a una pasiva. *Sería forzar las cosas atribuir a esta reacción el carácter de la masculinidad*. En efecto, el yo no tiene aspiraciones sexuales, sino sólo el interés por su autopreservación y la conservación de su narcisismo” (Freud, 1918, p. 101).

El punto central que diferencia los

sexos se mantiene en la opacidad. La definición de lo masculino-femenino entra en cuestión. La construcción de la nueva tópica no habrá de resolver la dificultad para precisar el núcleo del conflicto; aún cuando produce un importante viraje en la teoría de la feminidad. En el centro del debate tardío con sus contemporáneos, va a expresar: "Es correcto, sin duda, que entre la ligazón-padre y el complejo de masculinidad hay una relación de oposición -es la oposición universal entre actividad y pasividad, masculinidad y feminidad-, pero ello no nos da derecho a suponer que sólo uno sea el primario, y el otro deba su intensidad sólo a la defensa" (Freud, 1931, p. 244). Lacan retoma esta dificultad de establecer qué es hombre y qué es mujer desde el psicoanálisis. En principio cuestionará un decir verdadero en relación al sexo, ya que plantear la cuestión en términos de: todo lo que no es hombre es mujer y a la inversa, es insostenible, un tropiezo. Para que eso funcione así, masculino y femenino deberían conformar un universo de discurso, un conjunto total integrado por esos dos términos. Sólo así la mentada elección recaería necesariamente sobre uno de ellos, o es hombre o es mujer. Pero al inscribirse el lado femenino en el no-todo, esa decisión es imposible, la elección binaria se precipita en el agujero de lo Real (Lacan, 1974).

Por otro lado, la concepción de Lacan es que el ser hablante se ve forzado a inventar una salida al trauma de la no relación sexual. En este sentido las posiciones sexuales, en tanto invento, constituyen un saber inconsciente en relación al agujero de la no relación

sexual. Y de lo masculino-femenino lo único que ha podido concluir es que, si constituyen un orden lo hacen por su decir. Es por su manera de decir que puede extraer una lógica inscribible y con eso construye las fórmulas de la sexuación, teniendo que advertir reiteradamente que entre sí no hay complementariedad, no encajan.

Del decir del traumatismo distingue dos modos. Del lado de los que tienen, un decir que se inscribe como *hay un x que dice No al fallo*, la castración. Mientras que al decir del lado femenino lo hará correlativo a la fórmula que dice *no existe un x tal que pudiese negar la función fálica*, no hay una universalidad para poder afirmar que una mujer es así. Pero una suerte de conclusión que extrae Lacan es que en cada una no hay nunca negación de la cuestión fálica. No existe nada en el decir femenino, que no es el histórico, que pudiese decir no al fallo.

Recapitulación

Verificamos, tanto en Freud como en Lacan, que resulta imprescindible incluir el factor electivo, la toma de posición del sujeto, en la resolución de su posición en la sexualidad. Pero entendemos que la noción de elección sexuada es compleja, no permitiendo ser fácilmente aprehendida. Consideramos que esta dificultad responde a varias razones:

- Que es necesario aplicar a la noción de elección la restricción señalada anteriormente.
- Freud elucubra la elección sexual en términos de solución de un conflicto que se produce en un aparato conformado de instancias diferenciadas, y la salida final del proceso, también

estabiliza y provee una solución a un conflicto, solución que no se presenta como asunción plena y sin fisuras de una posición sexual.

- Corroboramos que el particular invento sexual del Hombre de los Lobos provee una solución a lo traumático del encuentro con la diferencia de los sexos que Freud se ve llevado a construir como escena primaria.
- Que dicho invento sexual es el resultado de una serie de elecciones, cada una de las cuales configura una respuesta a una situación traumática.
- Que cada una de estas elecciones implican una solución a términos que se ubican en conflicto, y que el resultado no elimina a los opuestos sino que estos, sintomáticamente siguen activos.
- Que el resultado puede ser una *Spaltung* de la moción sexual que opera en varios niveles (Freud, 1918, p. 61).
- Que los llamados inventos para suplir la no relación sexual no se reducen a masculino femenino; que hay diversidad de inventos y no hay un saber, al menos por ahora, que los divida con precisión en masculinos o femeninos.
- Que dichos inventos, que vienen a suplir la relación sexual que no hay, además implican un anudamiento, por que consiguen anudar Imaginario, Simbólico y Real.
- Que aun cuando no contemos con nudos de forma macho y otros de forma hembra, es necesario pensar a la elección sexuada no en términos binarios, de conjunto cerrado, sino de un anudamiento que estabiliza una invariante.

A modo de conclusión

En función de las presentaciones actuales en la clínica, que responden a las coordinadas simbólicas presentes, en las que se destaca la declinación de Nombre del Padre y su correlato como inexistencia del Otro, puede constatar-se una mayor dificultad de asumir la sexualidad en términos binarios.

Nos preguntamos si las definiciones sexuales contemporáneas, con su tendencia a presentarse más sintomáticas, es decir tropezando con más frecuencia, lo hacen debido a cierto yerro contingente actual del orden simbólico. O bien, si las presentaciones actuales sólo revelan con mayor nitidez y a cielo abierto esa fractura estructural que la sexualidad humana, siempre sintomática, sufre, tal como el caso del Hombre de los Lobos expuso en su momento.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

AFLALO, A. (1994), "Perspectivas del fin del análisis del Hombre de los Lobos". En *La conclusión de la cura*, pp. 41-70, Eolia, Barcelona.

FREUD, S. (1918), "De la historia de una neurosis infantil". En *Obras Completas*, Vol. VII, pp. 1-112, Amorrortu, Buenos Aires, 1984.

FREUD, S. (1926), "Inhibición, síntoma y angustia". En *Obras Completas*, Vol. XX, pp. 71-164, Amorrortu, Buenos Aires, 1990.

FREUD, S. (1931), "Sobre la sexualidad femenina". En *Obras Completas*, Vol. XXI, pp. 233-244, Amorrortu, Buenos Aires, 1990.

FREUD, S. (1939 [1934-38]), *Moisés y la religión monoteísta*. Pto C: "La analogía". En *Obras Completas*, Vol. XXIII, pp. 96-76, Amorrortu, Buenos Aires, 1984.

LACAN, J. (1975), "El Seminario 2. R.S.I.", Clase 21 de enero de 1975. Inédito.

LACAN, J. (1950), "Acerca de la causalidad psíquica", Cap. 2: "La causalidad esencial de la locura". En *Escritos* 1, pp. 161-175, Siglo XXI, Buenos Aires 2008.

LACAN, J. (1958a), *El Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, Clases IX, X y XI, pp. 165-220, Paidós, Buenos Aires, 1999.

LACAN, J. (1958b), "La significación del falo". En *Escritos* 2, pp. 653-662, Siglo XXI, Buenos Aires 2008.

LACAN, J. (1958c), "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". En *Escritos* 2, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.

LACAN, J. (1972), *El Seminario 20. Aún*, Clase VII, Buenos Aires, Paidós.

LACAN, J. (1973), "El Seminario 21. Los no incautos yerran", Clase VIII. Inédito.

LAURENT, E. (1998), "El modelo y la excepción". En *Síntoma y Nominación*. Colección Diva, Buenos Aires, 2002.

LE GAUFÉY, G. (1991), "Algunas apreciaciones sobre la hipótesis de la bisexualidad en Freud". En *Litoral. La declaración de sexo*, 12, pp. 53-60. Escuela Lacaniana de psicoanálisis, Córdoba, Argentina, 1991.

LOMBARDI, G. et. al. (2007), Proyecto de Investigación 2008-2010, "Momentos electivos en el tratamiento psicoanalítico de las neurosis -en el Servicio de Clínica de Adultos de la Facultad de Psicología.

LOMBARDI, G. (2008), "Predeterminación y libertad electiva. Las elecciones del ser hablante". En *Revista Universitaria de Psicoanálisis* n° 8, pp. 103-126. Facultad de Psicología, UBA.

MOREL, G. (2000), *Ambigüedades sexuales: Sexuación y psicosis*, Manantial, Buenos Aires, 2002.

PRÉVERT, J. (1995), "La pesca de la ballena". En *Referencias en la obra de Lacan*, 5, pp. 44-46, Fundación del Campo freudiano en Argentina.

SOLER, C. (1997), *La maldición sobre el sexo*, Manantial, Buenos Aires, 2000.

NOTAS

¹Lombardi, G. et. al. (2007), Proyecto de Investigación 2008-2010 "Momentos electivos en el tratamiento psicoanalítico de las neurosis -en el Servicio de Clínica de Adultos de la Facultad de Psicología. UBA".

²Las bastardillas son nuestras.

³La «voz», llamada también *diátesis* (= «disposición, menare de ser»), es una categoría gramatical del verbo que indica si el sujeto del proceso verbal es exterior o interior a éste. Según Benveniste, son dos las voces o diátesis fundamentales: la *activa*, en la cual se expresa que el sujeto permanece fuera del proceso verbal: *yo amo*, y la *media*, en la cual el proceso se realiza en el sujeto mismo o en un ámbito estrechamente relacionado con él. De la voz media parece haberse derivado históricamente la *pasiva*, la cual expresa que el sujeto «sufre» o recibe la acción ejecutada por otro. <http://culturitalia.uibk.ac.at/hispanoteca>. El subrayado es nuestro.

⁴Nuestro repaso de la última vez no entraba en la cuestión del resultado favorable o desfavorable del Edipo en torno de los tres planos de la castración, de la frustración, y la privación, ejercidas por el padre" Lacan, 1958a, p. 190.

⁵Dejamos de lado aquí los avatares de la no-inscripción del Nombre-del-Padre, que abren sin duda otros caminos para la sexuación (que la autora aborda en un capítulo titulado "Sexuación y psicosis", del mismo libro) en función de los márgenes impuestos por nuestra investigación, que hemos limitado al campo de las neurosis.

⁶Por ello en la construcción de sus nudos Lacan ubica el goce fálico entre Simbólico y Real, como efecto de lo simbólico sobre lo real del cuerpo.

⁷No desconocemos los intensos debates a que ha dado lugar el diagnóstico del Hombre de los Lobos. Pero a los fines de nuestro trabajo nos ceñimos a la letra freudiana.

⁸Es interesante al respecto la siguiente reflexión de Lacan: "Nuestra experiencia nos plantea entonces un problema, y es que, en el seno mismo de los procesos primarios, se conserva la insistencia del trauma en no dejarse olvidar por nosotros. El trauma reaparece en ellos, en efecto, y muchas veces a cara descubierta. ¿Cómo puede el sueño, portador del deseo del sujeto, producir lo que hace surgir repetidamente al trauma -si no su propio rostro, al menos la pantalla que todavía está detrás?" Lacan 1964, p. 63.

⁹“Cuando dije que la desestimó, el significado más inmediato de esta expresión es que no quiso saber nada de ella siguiendo el sentido de la represión {esfuerzo de desalojo}. *Con ello, en verdad, no se había pronunciado ningún juicio sobre su existencia, pero era como si ella no existiera*” Freud 1918, p. 78.

¹⁰Tal como planteamos en la nota 2, seguimos la orientación de Freud en cuanto al diagnóstico del caso, soslayando esa discusión exclusivamente a los fines de poder arribar a ciertas conclusiones respecto de los objetivos del trabajo.

¹¹Fórmula retomada por Jean Allouch de la transcripción del “Petit discours aux psychiatres”, 1967, inédito, pronunciado por J. Lacan.

¹²“Es enteramente verosímil que factores cuantitativos como la intensidad hipertrófica de la excitación y la ruptura de la protección antiestímulo constituyan las ocasiones inmediatas de las represiones primordiales” Freud 1926, p. 90.

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Arturo Frydman

Co-Director de la Investigación P039 UBACyT 2008-2010. Profesor Titular de Psicología Clínica de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Profesor Adjunto Regular de la Cátedra Clínica de Adultos I, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Docente Responsable de la Maestría en Psicoanálisis Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires

E-Mail: afrydman@psi.uba.ar

Santiago Thompson

Integrante de la Investigación P039 UBACyT 2008-2010. Doctorando de la Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Docente de la Cátedra Clínica de Adultos I, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Magister en Psicoanálisis.

E-Mail: santiagothompson@gmail.com